



El mico y el otro,  
con caras risueñas,  
se burlan de Pepe  
haciéndose señas.

El hombre se calla,  
aunque bien los ve.  
¿Seguirá de hinojos?  
¿Se pondrá de pié?

## CHARLA INSUSTANCIAL

¿No te parece, lectora, que dejemos por ahora á la turba torpe y vana de la *Colla de la gana* y de la *Colla* traidora que lleva la división al lerrouxista montón de la grey municipal? Si no te parece mal, hagamos de ella omisión.

Déjame que te hable un poco, aunque me tomes por loco (loco soy á fuer de viejo), de lo que dice el espejo mucho á mucho ó poco á poco. Que habla li\_ero á las bellas cuando le consultan ellas y habla á las viejas despacio porque se encuentra reacio cuando hace brotar querellas. Mostrar la primera cana á la mujer que aun se ufana por aparecer hermosa, aun para el espejo es cosa que se hace de mala gana.

—Aquí hacé falta betún, allá es necesario un frotamiento de cosmético, que el pecho empieza á estar ético, que el ojo demanda aún en la región angular, que se hace preciso dar al busto fuerte masaje, que lo fértil se rebaje en el bulbo capilar, que el músculo se relaja, que cierta redondez baja y otras gorduras aumentan, que flácidas se presentan las carnes, que ya no encoja bien el busto en el corsé, que del gallo pata ó pie en las sienes se señala, que al andar se desiguala la cadera y que el que fué cuello de cisne gentil de la vida en el Abril, hoy, de los años esclavo, parece un cuello de pavo por lo arrugado y sutil.

Decir todo esto, en verdad, ha de causar cortedad al espejo más valiente ¡y ha de decirlo de frente y con toda claridad! No en el oscuro capuz, como quien tapa un chapuz, ni de misterioso modo, el espejo lo habla todo bien claro y en plena luz.

En cambio ¡con qué placer mira ante sí á la mujer que la juventud disfruta y ella con qué gracia astuta véase en el espejo á ver!

¡Cómo su mirada pura en el espejo fulgura, cómo el gentil cuerpo engríe y con qué gusto sonríe al contemplar su figura! Su peinado desbarata, el negro pelo desata (ó desata el pelo rubio), formando de oro un diluvio ó una negra catarata. El cuello flexible ondea y la cintura cimbreá; la carne aterciopelada, pa pitante y nacarada en el espejo flamea. El rojo labio entreabierto deja casi al descubierto hilera de blancas perlas que hicieran que por cogerlas se avivara un cuerpo yerto.

Ante el femeníl manejo adquiere vida el reflejo de la luz que allí se quiebra y parece que celebra su dicha el bruhido espejo. Y su luna luminosa parece decir graciosa, con ondas de luz sinpar: ¡Cuán hermoso es reflejar el semblante de una hermosa!

Por eso su devaneo á unas sirve de recreo y acarrea á las otras quejas; ¡qué horrible es para las viejas! ¡qué descarado! ¡qué feo! Pero, en cambio, es compañero tan grato como sincero para la joven hermosa, que ve en él joya preciosa, obra de arte y consejero.

De espejo algo tengo yo; si en él se mira Lladó habrá de perder los humos, ya que perdió los Consumos y ya que tanto perdió.

En cambio, no es maravilla que al verse diga Marcilla: ¡Maldito el espejo sea! porque es cual la vieja fea, que al verse se asusta y chilla.

Vinaixa tiene experiencia, adquirida allá en Valencia; su dicha el cristal no trunca, porque no examina nunca su rostro ni su conciencia.

Lerroux cuando se arma un lío y teme en su desvarío que le pelen y *descuajen*, marcha á contemplar su imagen y al verla dice: ¡Ay qué tío!



Si no vienen forasteros no será por falta de atracciones.

Iglesias, ¿menos sencillo, Tenorio de tapadillo, más petimetre y más vano, ó bien lo lleva en la mano ó lo guarda en el bolsillo.

El que menos y el que más va del espejo detrás; mas se oculta de la gente porque lo que él ve de frente no lo miren los demás.

SOLFANELLO.



VI EXPOSICION INTERNACIONAL DE ARTE. — La Sala de pintura italiana.

## VIDA ALEGRE Y MUERTE TRISTE

Soy un ser improductivo:  
de la desgracia cautivo,  
vivo á la fuerza en el ocio  
y, á falta de otro negocio  
que produzca más, escribo.

Me ofrecieron protector  
activo y emprendedor  
que á pares asuntos fragua;  
se metió en eso del agua  
y naufragó, si señor.

En el negocio vendía  
un agua que no tenía.  
¡Se adelantaban millones!  
¡Cuántas felicitaciones  
sin protestar recibía!

Yo no me apartaba de él,  
ni un perro fuera tan fiel;  
mas fué mi dicha un efluvio  
fugaz, porque hasta EL DILUVIO  
vino á tirar del cordel.

Tanta agua sobre él cayó,  
tanto y tanto *diluvio*,  
que se produjo el efecto  
natural, y aquel proyecto  
en EL DILUVIO se ahogó.

Aunque sentí mucha pena,  
de esperanza el alma llena  
á mi jefe más me así,  
pero, ¡ay! de nuevo bebí  
el tósigo que envenena.

Con sus instintos de gato  
buscó quien pagara el pato,  
y á la postre lo encontró:  
comprar caro discurrió  
para vender muy barato.

Cualquiera comprenderá  
que aquí el busilis está  
en no pagar lo comprado,  
que es negocio muy saneado  
mientras sin tropiezos va.

¡Qué juergas y qué placeres!  
¡Qué viajes y qué mujeres!

¡Qué gastos y qué derroches!

¡Y qué tardes y qué noches!

¡Qué trajes y qué alfileres!

— ¡*Oh l'espagnol amusant!*—  
entre pasos de can-can  
decía una linda francesa.

— *Yes*—contestaba una inglesa—  
*he is a span sh gentleman.*

— *Lo spagnuolo e molto be lo,*

*tutta tremo, il cuor in gelo  
seno e fuoco sento al par.*  
¡Qué tomaduras de pelo  
en las Rivas de la mar!

La cupletista francesa  
y la *danc ag-gir*: inglesa  
y la soprano italiana  
nos daban cada mañana  
una agradable sorpresa.



La Fiesta del Arbol, celebrada en la montaña de Montjuich, con asistencia de los alumnos de las escuelas municipales.

Ya era en una larga lista  
la cuenta de la modista,  
ya un recibo del joyero,  
la factura de un sombrero

ó la *quittance* del fondista.  
Pero todo concluyó,  
la caria al fin nos barrió.

¡Dulces costas del azur,  
*a jamais, add o, agur,*  
*c'est fini,* se concluyó!  
FEDER SPIEGEL.



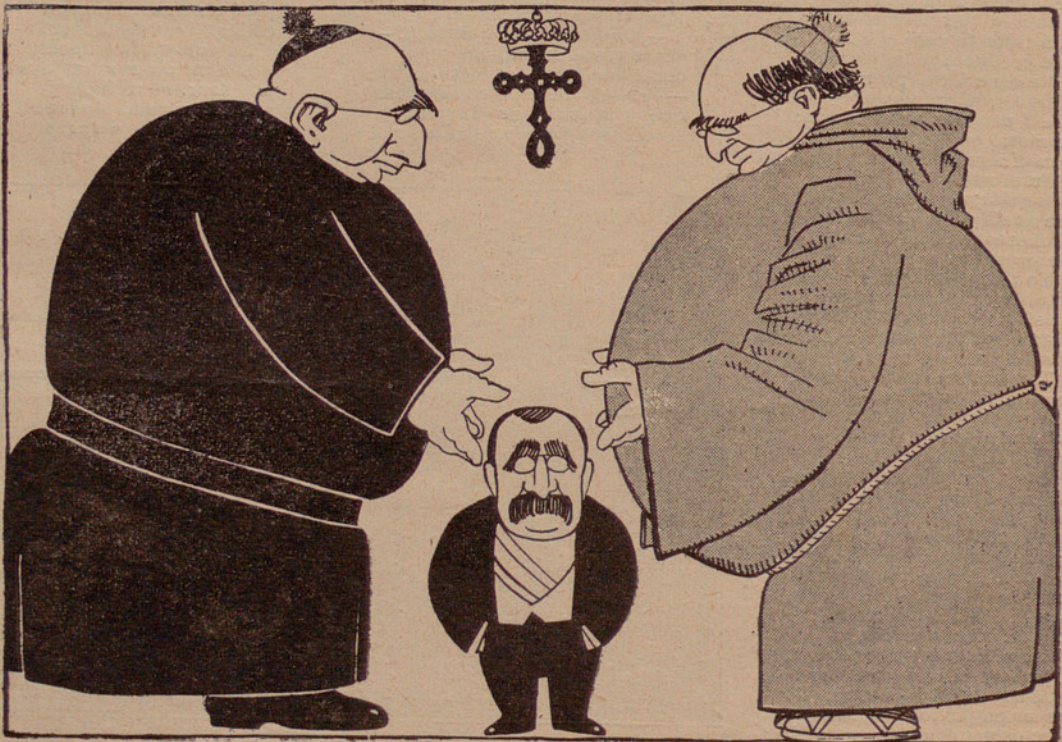
VI EXPOSICION INTERNACIONAL DE ARTE.—Vista parcial de una de las Salas de escultura.

## SACRIFICIOS SOCIALES

Que el hombre es un animal sociable, como lo definió cierto filósofo de secano, es cosa que nadie ignora; como también es muy cierto que la

pícara sociedad olvida fácilmente á quien se olvida de ella.

Esto lo sabe muy bien la esposa de don Cele



—Nosotros nos eximimos  
del servicio obligatorio.

—¡Si para nada se vivimos...  
y eso es público y notorio!

ventana con la débil claridad que la pantalla dejaba salir de allí dentro.

Volvió doña Clara á cerrar los ojos. Pasados algunos minutos, viendo que Francisca y Gustavo seguntan de pie sin hablar, les dijo con débil voz:

—Debéis de estar cansados. Enviadme á Susana. Id á comer.

Dejaron la alcoba, contentos como chicos salvados de un castigo. Se miraban mutuamente los ojos, sonriendo.

—¡Mamá, mamá, naranjas!—gritó Eva, corriendo al encuentro de Francisca, cogiéndole las rodillas con alegre arranque, con una naranja en cada mano.

Ágil como un gatito, se le subió hasta la cintura, le echó los brazos al cuello, le echó á la cara el hálito perfumado por el jugo de la fruta.

—¿Querés naranjas?

Así llegaron al comedor rojo y se pusieron á la mesa. Eva alegró la comida con sus exclamaciones, con sus gracias de niña golosa. Era, inconscientemente, su cómplice.

—Mamá, mándame la naranja.

La madre, para abrir la fruta, clavó en la aromática corteza las sonrosadas y finas uñas. Mojóbale los dedos el jugo exprimido y le doraba las uñas ligeramente. Eva miraba con voracidad de roedor hambriento. Mondaba la naranja. Sacrificó un gajo en favor de Francisca y de Gustavo.

—Medio para cada uno—dijo muy seria—. Muérde, mamá. Francisca cortó la mitad, risueña, con los dientes.

—Toma tú lo que queda.

Gustavo tomó con los labios la otra mitad, que le supo á gloria.

Reinaba en el comedor el calorcillo que emana de la evaporación de los manjares calientes, aquel calorcillo que después de las comidas da á la sangre una pereza y una beatitud inertes. Apacible claridad bajaba del suspendido globo de la lámpara.

Levantóse Gustavo y fué á abrir la ventana. Como había comido muy poco, la blanca claridad de la luna excitó su sentimentalismo de amante reciente.

—¡Maravillosa luna!—exclamó.

Francisca se impacientó. Al entrar el aire frío, turbó el

consignió, por fin, soureir y bajó los párpados sin hablar. Inmenso cansancio le invadía todo el sér; en aquella posición conservaba aun la sensación del frío que la había hecho tiritar y la tenía aterida, y, al ver la creciente alegría de aquella mañana primavera!, amargo pesar, la añoranza de irremediables cosas la hacía sollozar. Se acabó, era muy vieja y se tenía que morir. Cada vez la invadía más el cansancio. Un extravío de los sentidos, pesada tibieza se apoderaban de ella de pies á cabeza.

—Se amodorra—cuchicheó Francisca.

—¡No! Se desmaya—dijo Gustavo muy pálido, porque había sentido debilitarse los signos de la vida en la muñeca de su madre.

—Corra usted, Gustavo. Arriba, en mi cuarto, junto á la cama, encontrará usted un frasco de cristal. Tráigamelo.

Fué, subió la escalera corriendo y entró en el cuarto. A pesar de la emoción filial, le estremeció viva impresión fresca y olorosa que le dió en la cara, impresión de luz sonora, de sonrosado ambiente en el cual flotaban aun las tibias exhalaciones del baño, donde aun se notaba el perfume natural de la piel femenil, que perturba á los más castos. Buscó el frasco junto á la cama, pero lo encontró sin mirar; en la cama, la colcha levantada, permitía ver la blanquísima sábana que conservaba la huella del cuerpo que había dormido allí. Y también de allí emanaba el olor á Francisca, su acostumbrado olor.

Al buscar tocó su mano algo blando y suave. Acaso fuera una camisa enrollada, una prenda puesta ya. Tal vez conservó el olor en sus manos.

Dió con el frasco, salió y bajó corriendo.

## IV.

Apenas han dado las doce del día. La vispera, por la tarde, decidieron por fin ir á caballo hasta el pinar. Aquella tarde de últimos de Marzo era deliciosa.

Tomaron la carretera. Cabalgaban uno al lado de otro, á

trote cazador, sin hablar al principio. Gustavo llevaba el bayo algo detrás para ver el contorno delgado y erguido de Francisca, que, ceñida por el traje de amazona negro, con la opulenta cabellera castaña recogida debajo de elegante sombrero, sostenía el ligero andar del alazán con firme apretón de la enguantada mano. Ateña al gusto de sentir el aire en la cara, de oír al caballo golpear el suelo elástico y duro con nervioso pie, echaba hacia atrás, con vivo movimiento de cabeza, algún rizo que de cuando en cuando le molestaba los ojos. Dió un latigazo á la valla que había al lado del camino, inclinando la cintura, y surgió ruidosamente una bandada de pájaros hacia el cielo azul, impregnado de la misma difusa suavidad que, después de la tormenta, sonríe en las nubes encima de la asombrada campiña. En aquel momento parecía sentirse la apacible influencia de la *Diosa de las nieves*, aquella figura lejana que constituía la nota más grandiosa del paisaje. Andaban por los campos labradores dispersos.

—¡A la derecha, Franciscal!—advirtió Gustavo, haciendo adelantarse su caballo.

Ventán á su encuentro dos parejas de bueyes con copetes colorados, que acababan de desnucir, llevados por una especie de fannu viejo, que llevaba las cuerdas en la mano.

El alazán empezó á galopar sin moverse del sitio. Francisca sujetaba las riendas inclinada con atrevida actitud para mirar las delgadas piernas del caballo en tan gracioso juego.

Maravillado Gustavo, le decía que el alazán podría galopar encima de una moneda de oro. Entonces a venturera gana de correr le entró á Francisca, y su sonrosada nariz se dilató, aspirando la brisa.

Con breve y fogosa voz excitó alegremente al caballo.

—¡U, up!

Ambos corceles parieron á un tiempo, con viva y creyente animación. También habían olfateado la primavera los dos potros.

Animábase asimismo la amazona: la brisa fresca, casi fría, le coloreaba el rostro, le crispaba los labios, que dejaban al descubierto los dientes y algo de la encía superior. Estaba en uno de esos felices momentos de olvidos comunes

y en la aureola de polvo luminoso que se alzaba del suelo, la chiquilla, con los bracios desnudos, aparecía ágil y graciosa, como una gamuza empuñada en trepar por una valla torcida.

Tibio airecillo entraba por la ventana abierta; entreveía se el campo inundado de sol.

—¿Así abuelita?

—Así, hija. Ven.

Enternecíase la anciana; necesitaba apretar contra su corazón aquella suave mata de pelo, apoyar en ella su mejilla un instante. Era su refugio la adoración de aquella infantil cabeza.

Después Eva se fue también abajo, al jardín, para correr por el césped. Por la ventana pasaba aire demasiado fresco; hacía más viento; ondulaban y se hinchaban las cortinas; entraba la luz, limpia y glacial como agua de sierra. Entonces empezaron los temblores á sacudir á la enferma; la sobrecogía otra vez aquel frío nervioso que tanto la hacía padecer y apenas tuvo fuerzas para tirar de la campanilla. Susana, la doncella, vino y le puso la seca mano en la frente, invocando á todas las vírgenes del cielo. Pero, no volían Gustavo y Francisca de paseo? ¡Tan tarde como era, y no se acordaban de ellas!...

Francisca quiso romper el penoso silencio.

—¿Sabe usted, madre?... Hemos ido al pinar.

—¡Ah!

—Se ha hecho tarde sin que nos enteráramos.

—¡Ah!

—Le he traído á usted esta flor.

La última frase estremeció á Gustavo. La flor mediadora conservaba sutil perfume que llegó hasta él, y el olor despertó el recuerdo del beso robado y del claro misterioso. Doña Clara sacó la flaca y trémula mano de entre las mantas para coger la flor.

## VI.

En aquel momento la luna salía poco á poco de entre los árboles, semejando á un fruto enorme, rosado y plateado. Combatían victoriosamente sus rayos en los cristales de la

donio, oficial de la clase de quintos en Hacienda y paisano de Lacierva. Esta buena señora, cuyos anhelos perennes son estar bien relacionada y cumplir con todo el mundo, á ver si logra un ascenso para su cónyuge, lleva una cuenta minuciosa de todas las bodas, bautizos, santos, defunciones y aniversarios de todas sus amistades, que son tan numerosas como escogidas. En aquella casa son muy frecuentes diálogos como este:

—Celedonio, ¿has arrancado la hoja del calendario?—le pregunta su esposa mientras se quita las enaguas para acostarse.

El, que está en el comedor leyendo *El Noticiero*, responde malhumorado:

—Sí, mujer, sí; acuéstate tranquila.

—¿Y qué dice?

—Una gansada de Gedeón.

—No te quiero decir eso, sino á cuántos estamos y qué día es mañana.

—Lunes y 25. Sube al trono doña Isabel la Católica, año...

—Déjate de chirigotas. Lo que sucede es que mañana hace veinticinco años que se casó doña Carlota y tenemos que ir á felicitarla por las bodas de plata...

—Pero si no puede ver á su marido.

—¿Y qué importa? Así verá que la tenemos presente. Es mujer que tiene mucha influencia y conviene tenerla propicia. Ya ves, una prima segunda suya lleva once años de cocinera en casa de Maurita... ¡Figúrate si entraran los conservadores!

—Irás tú...

—Iremos los dos... ¡Ah! Y el 28 es el santo de don Anacleto... Y el 30 hace la primera comunión la niña de doña Julita... Son dos cosas de absoluto compromiso; no podemos faltar sin caer en ridículo.

—¿Pero nos vamos á pasar la vida recorriendo casas?...

—Hijo mío, son sacrificios sociales. Vivimos entre la gente y con la gente y hay que cumplir.

—Pues vé tú sola y déjame en paz.

—No, señor, no; tienes que acompañarme, porque una mujer casada no puede hacer sola visitas de etiqueta. ¿Crees tú que soy yo como doña Laura, que va siempre sin el marido, como una vaca sin cencerro? Pues bien la critican.

—Eso indica que el marido tiene mucho sentido común.

—Eso indica que el ma-

rido es un despejado y un egoísta como tú. No buscáis á la gente más que cuando la necesitáis y así todas las puertas se os cierran. Dieciocho años, día por día, estubo mi pobrecita mamá haciendo la tertulia á la tía de Moret para conseguir una plaza en Consumos para mi primo.

—Es que tu mamá era una lata insoportable.

—Es que era una señora fina y bien educada y como se debe ser. ¡Insúltala, infame! Así le pagas tantos pediluvios como te ha dado... ¡Si ella viviera, no habiarías así!...

Y la buena señora comienza á gimotear y á taparse la cara con las almohadas, y don Celedonio no tiene más remedio que ir á consolarla y á prometerle que harán todas las visitas que quiera.

A los tres días vuelve á reanudarse otro diálogo de este tenor:



—¿Tú en contra de los consumos?  
¡No me lo explico, Lladó!

—¡Hombre, si antes que los quiten ceso y el



VI EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE.—La sala de la Reina regente.

—Celedonio, ¿á dónde vas?  
 —No sé; al café, á dar una vuelta por ahí. ¡Hace tan buena tarde!  
 —Lo que vas á hacer enseguida es coger el frasco de la bencina, limpiarte la corbata negra, cepillarte las botas y acompañarme á casa de doña Telesfora, que hoy es el novenario de la muerte de su marido y no hemos ido á darle el pésame.  
 —Pero, mujer, ¡por los clavos de Cristo! Pero ¿vamos á estar así toda la vida? ¡Malditos sean los amigos, y las amistades, y así reventaran todos de una vez!  
 —¡Calla, calla, animalote! Quisieras vivir como los cafres, en un desierto... ¡Si te oyeran las gentes!... Bien te gustaba ir á pedirle billetes para los toros y te vendiera tabaco de contrabando...  
 —Pues ya está muerto y en paz.  
 —Pero queda ella y no sabemos en este mundo

á quién podemos necesitar... Mira, abróchame esta *polacra* mientras yo acabo de zurcir este guante... Y vístete enseguida, que ya son más de las cuatro.

Y, quieras ó no, don Celedonio tiene que apachugar con la visita de p same. Al subir la escalera le dice su mujer:

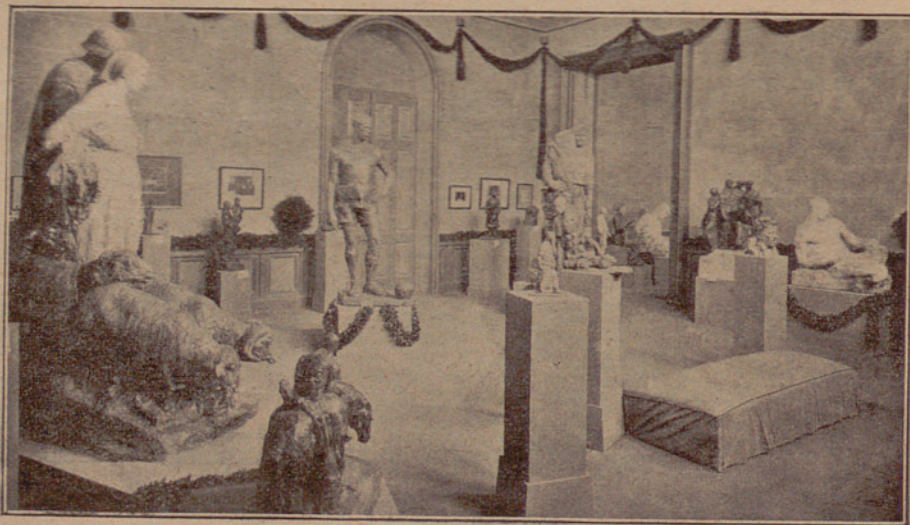
—No pongas esa cara tan alegre; cualquiera diría que venimos á una fiesta... Estira un poco los labios y arruga el entrecejo...

—Otra vez me preparas con una de ayunos y cinco litros de vinagre.

—Es que no tienes talento y no sabes acomodar la fisonomía á las circunstancias. Fíjate en la mía... ¿Qué te parece?...

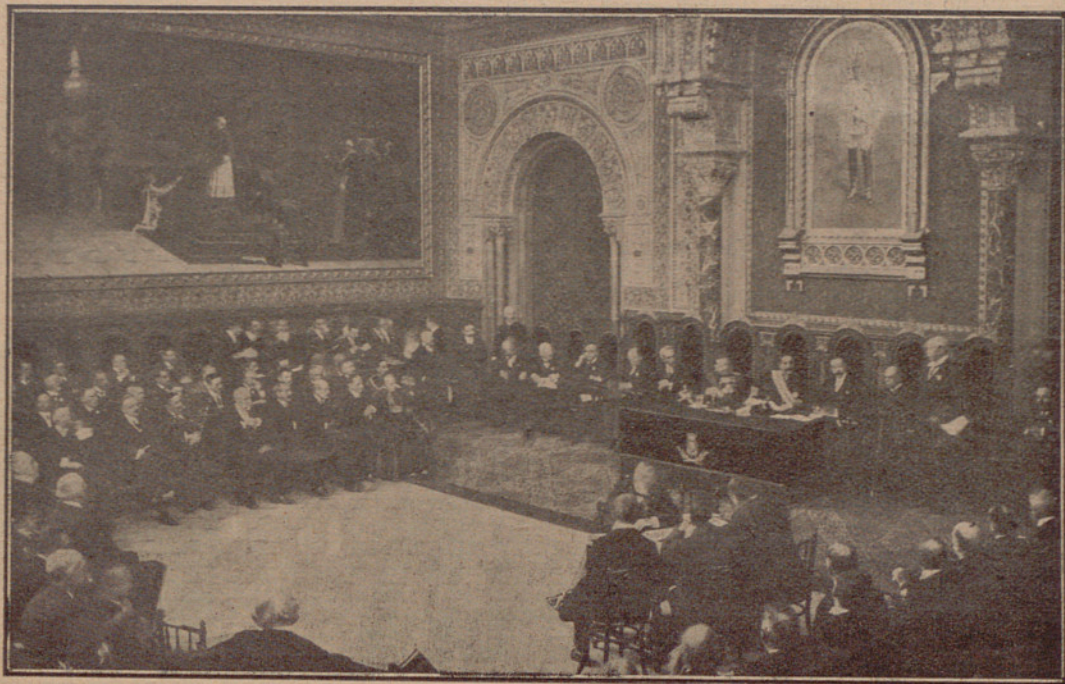
—Como siempre; muy fúnebre y muy triste.

—Contigo no se puede hablar dos palabras en serio. Cuidado con lo que haces; mira que doña Telesfora es muy lista...



Una de las salas de escultura.





Sesión inaugural del Congreso algodonero, que se celebró el lunes último, bajo la presidencia del ministro de Fomento, señor Gasset, en el Paraninfo de la Universidad.

Doña Telesfora, que no sabe cómo agradecer á Dios el que le haya quitado á su marido de delante porque era un perdido y le daba unas palizas atroces, por las exigencias sociales pone el aspecto afligidísimo y por la misma causa don Celedonio y su esposa aparentan una gran pena.

—¡Qué desgracia tan grande! ¡Ay! ¡Yo me moriré de este disgusto!...

—¡Animo, doña Telesfora! No quisimos venir

el día de la catástrofe por no aumentar su dolor, y eso que este lo quería con delirio... Apenas supo la fatal noticia le dió un síncope que estuvo tres horas privado.

—Sí, hija, sí; lo creo. Todo el mundo le quería... Era un trozo de pan. ¡Ay, Señor, y qué golpes!

—¿Acaso?...

—No; quiero decir que... ¡qué golpes nos enviaba Dios!



Vista del Tibidabo durante la fiesta de las palomas, celebrada el domingo último en aquella pintoresca montaña.

—¡Ay, no somos nadie!... ¿Pasará usted muy malos ratos?

—Terribles... ¡Tanta soledad!...

—Pues cuente usted con nosotros para todo... Y a donde yo no llegue, llegará mi esposo... Mire usted, en saliendo de la oficina Celedonio puede venir todas las tardes para distraerla un ratito... ó me traeré yo aquí la costura y ..

Don Celedonio da un pisotón á su mujer. La viuda, que está muy ricamente sola, se apresura á contestar:

—¡De ninguna manera!... Ya comprendo que tengo que irme acostumbrando... Dios me dará fuerzas... Además, se pasa aquí muchos ratos el vecino del segundo... ¡Quería tanto á mi esposo! Los dos esposos se dan con el codo.

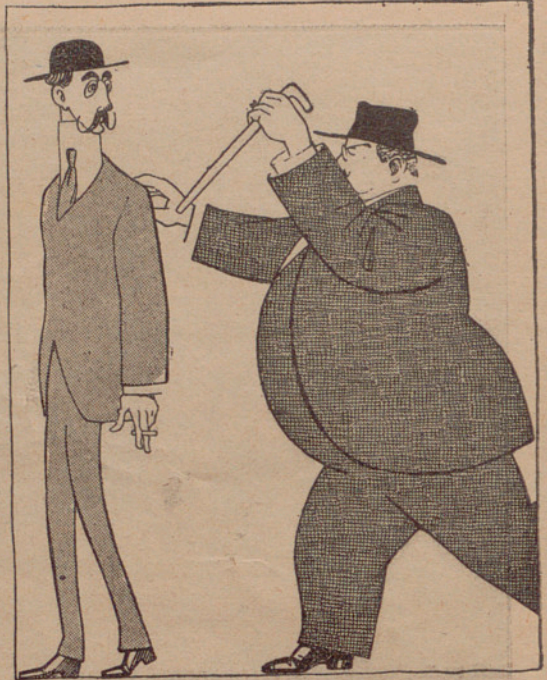
—¿Uno gordo que era corredor de conservas?...

—Sí, el mismo... Es todo una persona... Gracias á lo que me distrae no he hecho un disparate...

—¡Jesús! ¡No lo permita Dios!

Se acaba la visita de pésame, pero no las angustias de don Celedonio, porque después viene un cumpleaños, luego una boda, más tarde un bautizo... Sí, hay que reconocer que los sacrificios sociales y el tener que cumplir son una de las mayores calamidades de la vida.

FRAY GERUNDIO.



Lladó.—Yo preferiría el agua de esta otra fuente: la de la nueva la encuentro muy insípida.

—Señor Calvet, espero que me apunte como congresista.

—¡Cómo! ¿Usted es algodopero?

—Aun no; pero ten o que comprar mucho algodón.

—(|||||)

—¡Para taparme los oídos!



Han marchado á Madrid los ediles letrouxiistas que forman la Comisión que ha de entender en lo referente á la supresión de los Consumos.

No hay que decir que pertenecen á la *Colla de la gana* los viajeros concejales. ¿Qué otros si no ellos se interesan por todo lo concerniente á Consumos?

Suprimiendo los Consumos, á la *Colla de la gana* se la quita el alimento y de hambre se la mata.

..

Los ediles de la *Colla de la gana* han obsequiad con un banquete á su insustituible jefe el famélico Lladó y Vallés.

Durante la comida, como era natural, reinó la mayor fraternidad entre los reunidos.

Como el banquete era de carácter privado desconocemos los planes que adoptarían los tragones. Pero es de suponer que no tratarían de sanear los ingresos del Ayuntamiento.

¡Echémonos á temblar!

Cuando se reune la *colla* para madurar sus planes rechinan sus cerraduras las arcas municipales.

..

largas formas del cuerpo se perdían entre los pliegues de las sábanas.

Francisca y Gustavo estaban de pie á ambos lados del lecho; alejábanlos y separábanlos el dolorido cuerpo de la vieja. Y hasta en presencia de aquella aflicción sentían el impulso de la impaciencia, la impaciencia del que, espoleado por el deseo, tiene que soportar molesto retraso. Había una fuerza que les empujaba uno hacia otro. Pero á Gustavo la voz filial le advertía bajito que aquella impaciencia era cruel y para zafarse de ella se dirigía á sí mismo reconvencciones, se exhortaba interiormente, como suelen hacer los hombres asaltados por culpables sentimientos en el teatro de su conciencia. ¿Pues no era su madre aquella pobre enferma? ¿No le inspiraba la misma ternura que en otro tiempo? ¿Después de haberla abandonado tantas horas aun le era penoso permanecer otro poco en aquel cuarto para cuidarla? ¿Qué era eso? ¿Se había vuelto repentinamente malo é insensible? Tales preguntas se dirigía á sí mismo, pero sin atento espíritu, como si hubiese declamado un papel lleno de nobleza para hacer callar la acusadora voz. Los fantasmas invencibles de la reciente tarde de amor le preocupaban y absorbían.

Abrío por fin doña Clara los ojos lentamente, con trabajo. Nada dijo, nada contestó á las preguntas más que bajando levemente los párpados y con sonrisas borradas inmediatamente. No la contortaba el ver á Francisca y á Gustavo; al contrario, como le parecía que la habían dejado durante mucho tiempo, se le entristecía el alma. Aquel día había oído la risa de Francisca y la voz de Gustavo al pie de la gradería y después el galope de los caballos que se perdía á lo lejos. Y se había quedado sola.

Algo más tarde había entrado Eva corriendo.

—Oye, Evita: abre esa ventana.

La chiquilla se había revestido del grave continente de enfermera; pero, ni aun empuñándose de puntillas, alcanzaba á abrir.

—Llama á Susana, que no puedes.

—¡Ay, abnelita! ¿Qué dices?

Arrastró una silla al hueco de la ventana para abrir su biéndose encima, y abrió. Su abuela la miraba sonriéndose,

en las personas sanas, cuando las regocija y agita con vivas sensaciones un ejercicio de fuerza ó agilidad. Y como la alegría engendra cierta natural disposición á la bondad expansiva, sentíase entonces atraída hacia Gustavo, que corría junto á ella, y notaba que establecía entre ellos un lazo aquella efusión de bienestar.

—¡Upl!

No se miraban, pero experimentaban el profundo encanto que produce el contemplarse mutuamente las pupilas; el camino hacía un recodo; retembló bajo sus pasos un puentecillo echado sobre un canal; en el fondo, la mancha oscura de los árboles hacía sobre el cielo el efecto de la ondulación ascendente que fingen los lomos de un rebaño en marcha y un hato de ovejas, por ejemplo.

—¡Los pinos! —gritó Gustavo, tendiendo el latiguillo hacia el bosque.

La brisa llegaba cargada de olor á resina. Y el jinete, encorvándose hacia su compañera, le dijo:

—Aspire usted, Francisca; este aroma es muy sano.

Tan sencillas palabras las pronunció con acento indescrutable, como si hubiera dicho las primeras impetuosas frases de una oda erótica. La fiesta de su juventud estallaba á chorros luminosos. No la reprimía, ni quería reprimirla. ¿Hay forma más dulce de la felicidad que cabalgar junto al sér amado cuando renace la primavera, en busca del amor? Las insurrecciones de salvaje libertad que sienten á veces en la sangre los hombres acostumbrados á vivir fuera de la comunidad legal de los demás, le hacían entonces olvidar á su hermano. La mujer de éste era hermosa y quería conquistarla.

—¡Upl!

Ya estaban cerca del bosque de pinos. En el bosque de esbeltos troncos penetraba el sol en magníficas corrientes y vislumbrábanse, á través de aquella claridad, lejanos rompimientos de fabulosos pórticos. Entraron al paso y dejaron suelta la rienda á sus caballos, que resoplaban ruidosamente, sacudían la cabeza ó acercaban recíprocamente los bocados como para contarse algo. Aves asustadas alzaban el vuelo delante de ellos. Por encima de sus cabezas veían de trecho en trecho pedazos de cielo que, entre el verdor, convertían su color azul en matiz suave de violeta.

Exploraban el bosque. En el laberinto de apretados troncos no podían andar los caballos juntos. Delante iba Francisca, algo cansada de la carrera, acariciando con la palma de la mano el cuello humeante del alazán. Gustavo iba detrás, callado. Subía de las matas penetrante fragancia de flores que no se veían, fragancia que los turbaba y los llenaba de deseos. Estaban en uno de los estrechos claros, casi siempre circulares, donde parece que se bebe el encanto del bosque, como vino áspero en copa rústica.

—¡Mire usted esa flor, Gustavo!—exclamó Francisca, señalándole con el dedo—. Si quiere usted tenerme un momento el latiguillo, la cogere yo misma.

Le dió el látigo, se dobló, se inclinó con agilidad desde la silla, mientras el alazán golpeaba el suelo con una pata.

—Esto—dijo ella—es una cosa que ocurre sin falta en todos los paseos á caballo dados entre dos, novelescos ó reales. Hagámoslo, pues, con elegancia.

La florecilla era colorada, de sutil aroma.

—Huéla usted, Gustavo.

Y se la acercó á la nariz.

¡Qué tentación! Gustavo le tocó los dedos, con la ardiente boca, tembloroso. Nada dijo ella; pero se le alteró un poco el rostro é hizo adelantar al caballo.

—¡O, a usted, Francisca! Un momento!—iba diciendo el joven detrás de ella, haciendo también adelantar á su cabalgadura.

Y la persiguió á través de la peligrosa espesura de la arboleada, con galope sonoro sobre las piñas secas, entre la maleza. Un brazo de Francisca chocó bruscamente contra un tronco.

—¡Párese usted! ¡Párese! ¡Debe usted de haberse hecho daño!

Había llegado á una espesura y el caballo no quería pasar adelante. Erguíanse los altos pinos, esbeltos é inflexibles, bajo la nave del bosque. Alrededor, entre la iluminación verdosa, no se veían más que árboles, árboles y árboles.

—¡Párate!

Y se encontraron ambos frente á frente, pálidos, vacilantes, mientras plataban los caballos, molestos con el freno.

—Se ha dado usted en el brazo. ¿Sufré mucho?—preguntó Gustavo con voz suave y ronca á la vez.

Obligó á aproximarse á su caballo, tomó cuidadosamente el brazo de Francisca y desabrochó la bocamanga. Ella le miraba y le dejaba hacer. La manga era estrecha. Entre el guante y el paño negro apareció una muñeca redonda, nevada, llena de venillas como la sien de un niño. Gustavo le apretaba la muñeca con una mano y con la otra trataba de levantar la manga. Su caballo sacudía las riendas.

—¡Ahí está!

En el brazo, cerca del codo, había una mancha colorada que empezaba á azulear, una ligera equimosis en aquella piel fina y aterciopelada. Gustavo quiso besarla; pero Francisca, velozmente y hermoseada por el rápido ademán, ofreció la boca al hermano del ausente, mientras plataban los caballos excitados.

Volvieron por los mismos pasos para salir del bosque. Incendíaba la selva el crepúsculo, cuyos últimos resplandores iban á expirar entre las columnatas de los silvestres porticos. Más lejos, en la húmeda pradera, asustó el trotar de los caballos á conejos blancos y grises, que huían con el rabo en alto y desaparecieron en la hierba tierna.

## V.

A la vuelta, cuando entraron en el cuarto de doña Clara, les causó una impresión desagradable aquel olor especial que impregna el aire respirado por los enfermos; aun conservaban el grato efecto de las fragancias selváticas y del viento vespertino que soplabá por los prados.

Permaneció algunos momentos doña Clara sin abrir los ojos, tendida boca arriba, con una de aquellas agitadas somnolencias que le daban al anochecer. Algo opaco, expresión de extravío, como cuando se pierde el conocimiento, se veía en su rostro; cubríale la frente una venda blanca; la colcha le llegaba á la barbilla; de toda aquella melancólica blancura salía un perfil casi diáfano de afeitada nariz y las

Para que pudiera figurar en la Exposición de Bellas Artes ha sido mutilada una escultura belga.

¡Horror!

Señores, muc'o cuidado si van á la Exposición, que ya ven cómo las gasta la artística comunión.

Ya ha sido dado á la publicidad el proyecto de ley de Asociaciones.

Si hemos de ser francos, diremos que el proyecto, aunque no es tan radical como nosotros lo quisiéramos, para obra de un partido monárquico es bastante. Únicamente le encontramos un *pero*.

Que no se aprobara, y si se aprueba será tan modificado que aun resultará beneficioso para las Ordenes religiosas.

¡Hemos de desengañarnos!

Mientras haya monarquía será intangible en España esa gente aborrecida.

Lladó y Vallés está satisfechísimo de las campañas que la Prensa decente hace contra él.

—¡Me están haciendo famosos!—dice gozoso á sus amigos cada vez que lee uno de esos artículos *encomiásticos*.

Nosotros estamos conformes con la apreciación. Se está haciendo famoso como se han hecho otros muchos, especialmente en tierra andaluza.

¡Con la diferencia de que aquéllos tenían alguna buena cualidad que Lladó desconoce!

*Trabaja* escondiendo el cuerpo el caudillo de la *gana*, porque es, además de *todo*, cobarde como una rata.



Lladó.—Nada, que yo no te abandono hasta que no me echen.

La Presidencia.—Según lo que sea, porque lo que es piropos, ya te han echao de sobra.



## SOLUCIONES

Al concurso núm. 101 - ESTRATEGIA NAVAL

### LETRA NUMÉRICA

de Facundo Casanovas.

- 1 2 3 4 5 6 7 8 = Nombre de varón.
- 1 2 3 4 5 6 7 2 = " de mujer.
- 7 8 1 2 7 8 = Color.
- 4 2 6 7 2 1 = Verbo.
- 7 8 = Nota.
- 6 8 = Negación.
- 4 3 = Pronombre.
- 5 6 = Artículo.
- 6 3 = Negación.
- 1 5 7 2 = Planta.
- 4 5 7 8 = Tiempo de verbo.

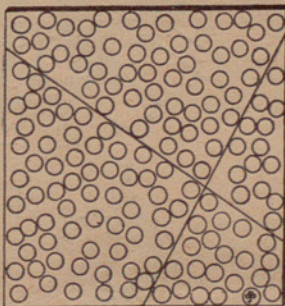
### SUSTITUCIÓN

de Jaime Basas.

(Dedicada á Trini Sanjuán.)

- 0 0 0 0 0
- 0 0 0 0 0
- 0 0 0 0 0
- 0 0 0 0 0

Sustitúyanse los ceros por letras de modo que horizontalmente se lea: 1.<sup>a</sup> línea, parentesco; 2.<sup>a</sup>, en verano; 3.<sup>a</sup>, hombre pequeño; 4.<sup>a</sup>, verbo, y verticalmente debe leerse en la segunda y cuarta líneas nombres de animales.



(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 29 de Abril.)

Á LA COPA NUMÉRICA  
Hambriento.

AL JEROGLIFICO COMPRIMIDO  
Leocadia.

Á LA CHARADA RÁPIDA  
Barcelona.

A LA LETRA NUMÉRICA  
Marcelino.

AL ROMPECABEZAS CON PREMIO DE LIBROS

En el primer plafón del biombo puede verse á uno de los individuos; en el cuadro aparece otro y dos se hallan formados por el vestido de la bailarina. Invirtiendo el dibujo, vese á otro en la bombilla eléctrica y el último junto á la pierna derecha de la *chan'ense*.

Han remitido soluciones.—Al concurso número 101 (Estrategia naval): C. G. Bullich, F. Bofarull, César del Valle, J. Toirá, G. Lienas, G. Estruch, E. Eroles, S. Bohigas, R. Ros (San Feliu de Guixols), F. Mejan, J. Huguet, S. Andrés, F. Cahué, D. Miquel, J. Galopa, J. Bonastre, R. Tesar, R. Rosset, J. Giralt, C. Suñol, J. M. Coll, E. Coll, F. Permanyer, J. Hugas, Asunción Oliveras, I. Hernández, Luisa Gelada (Olot), P. Soler (Gerona), A. Menaut (Reus), L. Izquierdo, Luis Amato (Madrid), J. Ginestá, F. Claramunt, C. Nordbeck, C. Morera, R. Santaulalia, R. Mutlló (Tarragona), M. R. Bracons, F. de A. Bataller, M. Ramoneda, P. S., V. Padró, J. Carreiras, J. Bota, Carolina Cella, R. Tomás, V. Guasch, J. Trullás, P. Martí, J. Carita, J. Gustems, I. Torruella, María Durán, J. Vallejo, A. Font, P. Roig, F. Casanovas, E. Portella, F. Puig, E. Guarro (San Feliu de Llobregat), Teresita Batet, R. Grau, P. Dalmau, J. Benedit, G. Crexells, J. Micó, V. Padró, A. Agulló, Salud Bonmati, A. Carabé, J. Tor, M. Simón, R. Hernández, P. T. Capdevila, M. N. Garcia, J. Vila, J. V. R., J. Oriol, Vicente Soto, R. Soriano, M. Corceller, Montserrat Mas (Mataró), S. Batlle, J. Suriñach, M. Claret, S. Castañé, P. Febrés, V. Vives, A. Bañeras (Palamos), J. Borrás, J. y E. Hernández de Barros, J. Valdés, F. Cortés, Ana G. Forgas, D. y A. de la Torre, A. Manzano, A. V. B., F. Jové, M. Aurelio Sala, B. Gispert, J. Pajol, E. Marius, S. d'Intaifa, D. Zanini, A. Zanini, M. Abrich y Pepita Rellatab.

Entre dichos señores se repartirá por partes iguales el premio de 50 pesetas.

Al rompecabezas con premio de libros: J. y E. Hernán-

dez de Barros, A. Vilalta, J. Estruch, J. Caritg, C. Suñol, A. Suñol, R. Mutlló (Tarragona), Ana G. F., J. Toirá, M. Botinas, J. Gustems, F. Puig, A. Pons, J. Roig (Granollers), J. Tor, V. Soriano, S. Andrés, M. Poch, Carmen Vilarrasa, G. Tompes, Scarpia, J. Oriol. Un artista, En Bato, Mil homes, J. Bota, R. Grau, R. Navarro, B. Coma, N. Perbellini, J. Bassas, J. M. Coll, E. Coll, G. y R. Gallissá, J. M. Kuroki, B. Regañón, Angelita González, A. Piqué, J. Picañol, E. Vilaplana, J. González, A. Zanini, F. Casanovas, J. Nogués, J. Caritg, Salud Bonmati, Baltasar Gispert y J. Trullás.

A la copa numérica: Carmen Vilarrasa, José M. Coll, J. Trullás, José González, J. y R. Gallissá, Ernesto Tomás, Jaime Basas, N. Perbellini, Santiago André, Mil homes, Carlos Molló, Scarpia, Pedro Mas Cuquet (Premiá de Mar), M. Poch, Juan Llinás y Gregorio Pich.

Al geroglífico comprimido: J. Trullás, J. y R. Gallissá, N. Perbellini, José M. Coll, M. Poch, Gregorio Pich, Joaquín Pericas y Tomás Torrens.

A la charada rápida: J. Trullás, José González, J. y R. Gallissá, Jaime Basas, N. Perbellini, José M. Coll, Mil homes, Pedro Mas Cuquet, M. Poch, Tomás Torrens y Juan Llinás.

A la letra numérica: Carmen Vilarrasa, J. Trullás, C. Facundo Casanovas, José González, J. y R. Gallissá, Ernesto Tomás, Jaime Basas, M. Perbellini, José M. Coll, Santiago André, Mil homes, Carlos Molló, Scarpia, Pedro Mas Cuquet, M. Poch, Juan Llinás y Joaquín Pericas.

## Concurso número 102. — EL ABECEDARIO

Premio de 50 pesetas



Recórtense esas aspas ó fragmentos en que aparecen las letras y únense de modo que aparezca en forma de ballesta el abecedario, excepto la Ch. Las soluciones que den derecho al premio han de ser exactamente iguales á la que publicaremos en el nú-

mero correspondiente al 3 de Junio. El plazo para el envío de soluciones terminará el 28 del actual. Si los solucionistas fuesen dos ó más, entre ellos se dividirá, por partes iguales, el premio de 50 pesetas.

# ANUNCIOS

## PIDASE PARA CURAR LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS ELIXIR POLIBROMURADO AMARGOS

QUE CALMA, REGULARIZA Y FORTIFICA LOS NERVIOS  
UNIVERSALMENTE RECOMENDADO POR LOS MÉDICOS MÁS EMINENTES

Su acción es rápida y maravillosa en la EPILEPSIA (mal de Sant Pau), COREA (baile de San Vito), HISTERISMO, INSOMNIO, CONVULSIONES, VERTIGOS, JAQUECA (migraña), COQUELUCHE (catarro de los niños), PALPITACIONES DEL CORAZON, TEMBLORES, DELIRIO, DESVANECIMIENTOS, PERDIDA DE LA MEMORIA, AGITACION NOCTURNA y toda clase de Accidentes nerviosos.

Farmacia del Dr. AMARGÓS, PLAZA DE SANTA ANA, 9.

## Dr. CASTELLARNAU

Especialista en **Vías Urinarias**. Tratamientos modernos de efectos rápidos.  
Curación radical de la avariosis por el nuevo procedimiento

del **Prof. EHRLICH**, fórmula

# 606

Consulta de 11 á 1 y de 5 á 8. = RAMBLA DEL CENTRO, 11, pral.

## EL TORMENTO

EN LOS

## CONVENTOS

~~~~~ POR ~~~~~

FRAY GERUNDIO

Un tomo de 220 páginas, 1 peseta. Se vende en el kiosco *Blanco y Negro*, Rambla de las Flores, frente á la calle Hospital. Por 1'25 se remite certificado á provincias.

MAGNESIA

DE BISHOP.

El Citrato de Magnesia Granular efervescente Bishop es el mejor refrescante que se conoce. Puede tomarse todo el año. Delicioso como bebida matutina, obra con suavidad en el estómago é intestinos.



Inventado en 1857 por Alfred Bishop, es insustituible por ser el único preparado puro entre los de su clase.

Exigir en los frascos el nombre y señas de Alfred Bishop, Ld., 48 Spelman Street, London.

DESCONFIAR

DE IMITACIONES

## ARTÍSTICO REGALO

á los que padecen de Neurastenia, Inapetencia, Debilidad, Palpitaciones de corazón y demás enfermedades que reconozcan por base la desnutrición orgánica, comprando al autor seis frascos del poderoso tónico-reconstituyente **Fosfo-Glico-Kola Doménech** y se regalará una artística maleta metálica, litografiada, de muchas aplicaciones. Muestras gratis al autor, **Ronda de San Pablo, núm. 71.** — Farmacia premiada por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona.

Imp. de EL PRINCIPADO, Escudillers Blancs, 3 bis, bajo.



- ¡Entren, entren, caballeros,  
en el Cine Nacional!  
¡El programa es admirable  
y es archi-sensacional.